

Selecciones fantásticas de Alfredo Cardona Peña

1- Revolucionaria teoría

Puse a funcionar la máquina de tiempo, para saber qué novedades ocurrirán en los próximos milenios, y la máquina me presentó la primera página del periódico **Gala-xia, 4000** con la siguiente información:

Anoche, durante los debates que ha suscitado el Primer Congreso de Seres Mentales, el doctor Kaprik declaró que nosotros, los habitantes de este planeta llamado Tierra, descendemos del hombre.

Esto produjo asombro, ira y perplejidad en la docta asamblea. Un impugnador de tan descabellada teoría, el doctor Carluz, preguntó:

“¿Cómo es posible que descendamos de un animal tan salvaje como lo fue el hombre, desapareciendo del hábitat (a

causa de su debilidad, vicios y matanzas) en los albores de la Edad Protónica? Eso ocurrió hace dos mil millones de años, doctor Kaprik, no lo olvide”.

“No, no lo olvido —contestó el ponente—, como tampoco olvido las afinidades mutuas de los seres orgánicos, lo que me lleva a la conclusión de que las especies no han sido independientemente creadas, sino que han descendido de otras especies, y éstas de otras...”

El presidente del congreso, doctor Argón, interrumpió en ese momento el debate, gritando: “¡Moción de orden!” Se hizo el silencio, y con voz reposada, pero enérgica, agregó el presidente:

“Los señores mentales han violado el Artículo Veinte de nuestro Código, que prohíbe estimular la zona de la memoria. Para nosotros no existe pasado, como tampoco existe su quebrado espejo, la historia. De nuestro cerebro sólo nos está permitido utilizar la zona neótica, reguladora de la inteligencia científica y el lenguaje en tiempo presente, no pasado ni futuro”.

El desorden más completo reinó en la sala, pues todos querían hablar al mismo tiempo, y se formaron dos bandos: el de la derecha, representado por el doctor Carluz, y el de la izquierda, presidido por el doctor Kaprik. Como no se pusieron de acuerdo, el presidente suspendió la sesión.

Mañana se reanudarán los debates, que a no dudarlo serán apasionantes, dada la personalidad incuestionable de los ponentes. El doctor Kaprik, como se sabe, es el fundador del Cerebro Colectivo, que alberga a más de sesenta billones de neurofisiólogos, y el doctor Carluz es el Presidente de la Academia de Cerebros, que limpia, fija y da esplendor a la masa encefálica; es además representante genuino de la aristocracia del átomo y primer accionista de la Compañía Telefónica del Universo.

Interrogado un congresista acerca de la teoría presentada por el doctor Kaprik, respondió:

“Después de varios milenios, incontables generaciones y penalidades sin cuento, pudimos abrir la **caja negra** y descubrir, analizar y controlar diez mil millones de células nerviosas que hay en nuestro cerebro. ¿Usted cree que después de esta hazaña podemos descender del hombre? ¿Cómo es posible formular tan humillante aseveración? ¡Mañana pulverizaremos la tesis del doctor Kaprik, no lo dude!”

Por otra parte, el líder de sindicato de electroencefalógrafos nos hizo las siguientes declaraciones:

“Es vergonzoso poner en duda la revolucionaria y valiente teoría del camarada Kaprik. El mundo instintivo del cerebro, y el inmenso territorio neuronal que almacena los datos del pasado han sido criminalmente proscritos por el Gobierno Mental. ¿De qué nos sirve haber conquistado el cerebro, si no podemos distribuir su riqueza y “volver a conectar aquellos hilos” cuyo funcionamiento demostraría nuestro origen **humano**? Mañana, ya lo verá usted, derrotaremos al eminente reaccionario doctor Carluz”.

2- Su Ilustrísima Señoría

Apreté un abturator y me trasladé al pasado, precisamente al año 1860. La máquina de tiempo me presentó a la Asociación Británica para el Adelanto de las Ciencias, reunida en pleno en la Universidad de Oxford. Un osado naturalista llamado Carlos Darwin había publicado un libro afirmando que nosotros, los hombres, descendemos de los chimpancés. El libro causó el efecto de una bomba, y allí estaban los señores académicos para descuartizarlo. Especialmente su Ilustrísima Señoría Samuel Wilberforce, obispo de Oxford, estaba irritadísimo contra Darwin, e hizo uso de toda su saña teológica para ponerlo en ridículo. En su perorata, el alto clérigo atacó rudamente “a esos enemigos de la sociedad que hacen vedados ataques a la Biblia, en nombre de la ciencia”, y señalando al profesor Huxley, amigo y administrador de Darwin y de su teoría evolucionista, dijo: “Quisiera saber si el distinguido caballero desea que lo consideramos descendiente de un mono”.

Una tempestad de carcajadas sacudió al honorable recinto. Pero la tempestad se transformó en silencio cuando el profesor Huxley hizo uso de la palabra y puso al obispo como Dios puso al perico, demostrando científicamente la falsedad del prelado. Terminó su disertación con las siguientes palabras:

“Ya que una cuestión de gustos personales se ha introducido en un tema de alto valor científico, parece que me enfrente al dilema de descender de un humilde orangután o

de Su Señoría Ilustrísima. Pero como Su Ilustrísima ha arrojado cieno, burla y descrédito a un hombre que ha consagrado su vida a la investigación de la verdad, declaro públicamente que es para mí un honor descender de un mono”.

Vi a varias personas desmayarse. La sesión se clausuró. El obispo tuvo que abandonar la sala en silla de manos y yo, muerto de risa, apagué el aparato y me fui a dormir.